

La viuda del poeta

Con la Sra. Julitta de la Fuente de Herrera y Reissig

Penetramos en la misma antigua casa, donde tantas veces habíamos visitado al gran poeta. Pero esta vez sentimos al entrar en ella, una sensación tal de vacío, un hábito de soledad tan marcado, que la casa se nos hizo mayor aún. Parece que hubiéramos hallado de menos, esos deliciosos espíritus familiares que llenan la tibia tranquilidad del hogar y que al desvanecerse, dejan detrás de sí, la frialdad y el desconsuelo. Mirábamos extrañados las paredes aquellas que tanto conocíamos, que habíamos sentido vibrar al eco de los más sonoros versos, como si estuviéramos de pronto en una habitación absolutamente desconocida, y amenazados por quién sabe qué peligros.

En esa misma habitación, acurrucada en un sillón, pequeña, vivaz, de mirada límpida y palabra rápida, casi cubierta por un negro manto, estaba la esposa del poeta. Al principio, cuando emocionados le estrechamos la mano, el dolor desbordó en lágrimas y lloró largamente, intercalando frases entrecortadas. Después poco á poco se serenó. Nosotros, respetando su dolor tan intenso y tan justo, callábamos. Pero ella, llevada por el tributo de admiración que siempre rindió á su esposo poeta, iba poco á poco secando el llanto, y con el rostro encendido y la palabra emocionada, nos contaba á rasgos geniales, detalles íntimos, infantiles y encantadores, de ese gran sacerdote del arte que se llamó Julio Herrera y Reissig.

Oíd hablar á esa herofina:

—Julio era bueno, bueno de todas las bondades. Era bueno con todos, estoy seguro que jamás alimentó contra nadie el menor rencor. Su corazón era un vaso desbordante de bondad. Cuando estaba aquí, una sola palabra suya llenaba la casa de luz. Siempre trataba de perdonar, de justificar. Jamás me habló mal de nadie. Siempre para resolver todas las cuestiones, él encontraba la palabra amable y oportuna que hacía sonreír todas las bocas y desarrugar todos los ceños. Lo persiguieron, lo calumniaron, lo abandonaron, pero jamás se quejó de la ingratitude y de la maldad de los hombres. Era sobrenatural su bondad... ¡Y conmigo! Jamás un novio ni un esposo han sido para la elegida de su corazón como fué él para conmigo... Fué bueno inmensamente y yo lo quise á él tanto como me quiso...

Por eso mismo, por ser su talento tan grande y su bondad tan inagotable, los hombres lo aislaron como se hace con un apestado. Por lo demás, él despreciaba la pobreza del ambiente donde vivía. Se había formado en su casa un mundo aparte, completamente diferente, y aquí vivía su vida rara, incomprensible para los demás hombres. Un día le vinieron á ofrecer una diputación y él la rechazó indignado...

—Sin embargo, señora—interrumpo yo— están reñidas ambas cosas. Ahí tiene Vd. á José Enrique Rodó, un literato tan diputado que está dispuesto á pronunciar un discurso en cualquier comilona política y que á pesar de eso ni siquiera asistió al entierro del gran poeta...

—Pues Julio, rechazó porque se creyó rebajado al aceptar una diputación. Él estaba por encima de todas esas cosas. Vivía solo para su arte y para el cariño de los suyos. Aquí en su casa era solamente donde encontraba la felicidad. Sobre todo me pío le enloquecía. Yo ejecutaba y él excitado como loco, ó bien ensimismado, contraído, me escuchaba. Beethoven, Schumann, Litz, Mozart, Schubert, Chopin, toda esa música honda, complicada, terrible y tiernísima, era su favorita. Cuando yo ejecutaba, él vibraba lo mismo que el negro instrumento, luminosamente sonoro.

Hay un pequeño silencio doloroso, en el que la marimposa del recuerdo cambia de flor:

—Cuande escribía un soneto, es que hacía ya mucho tiempo que lo tenía en la mente. Primero lo concebía, después le daba forma. Lo corregía, lo masticaba y un buen día, después de algún tiempo de obsesión y de tormento, lo escribía. Y cuando lo tenía concluido, se iluminaba y lo invadía una alegría barullenta, infantil, ingenua, parecida á la alegría de un niño al que acabaron de regalar un precioso juguete nuevo. Y nos reunía á todos en casa, y nos leía su obra, y nos preguntaba nuestra opinión, y cuando se la dábamos, siempre favorable por supuesto, palmoteaba de júbilo. ¡Oh qué divino, qué maravilloso poeta-niño fué Julio!

Otra pausa dolososa. Después:

—Y uno de sus más grandes dolores, ha sido morir cuando estaba por salir su primer libro. Es lamentable que Julio no haya podido saborear el goce que experimenta todo artista al ver su obra. El destino fué cruel para este luminoso poeta, al cual Verlaine hubiera podido colocar entre los malditos. Todo ha tenido en contra, todo se ha cebado en él, sobre todo los hombres que no le reconocieron y que jamás endulzaron sus amargas horas de soledad. Amigos tuvo, allá, en una rápida hora de celebridad, cuando la "Torre de los Panoramas" se impuso por su gesto audaz. Pero después cuando las cosas cambiaron, esos mismos amigos que le debieron ó su nombre ó su posición, se retiraron dejándolo espantosamente solo... Sólo alguno lo visitaba de cuando en cuando...

Se hace el silencio otra vez. Parece recordar, pero después reacciona:

—¡Ah, no! pero no estaba tan solo; estaba su arte divino y estaba yo para acompañarlo. Esta-



Señora Julitta de la Fuente de Herrera y Reissig

ban sus versos y mi piano, su ensueño encantador y mis brazos que le endulzaron la vida con toda su miel maravillosa. Estaban sus hermanos ausentes: Hugo, Musset, Heine, á los cuales hablaba y entonaba estrofas luminosas y pálidas como el más delicado trabajo de orfebre. Estaba todo ese mundo sobrenatural del cual sondeó, ese mismo mundo que parece haber desaparecido desde que él se fué, dejando desnuda la casa como una ruina abandonada. Hasta en el momento de morir, los misterios que él amaba, lo acompañaron. Muriéndose, clamaba por sus pálidos hermanos Heine y Musset, y me abrazaba convulsivamente jurándome amor, como un colegial en el encantador baluceo de la primer entrevista. Su muerte fué como su vida, abandonado por los hombres pero rodeado por las augustas sombras amigas y por nosotras que no le abandonamos porque mucho lo amábamos y mucho lo comprendíamos.

Y después otra vez el silencio. Entonces nos despedimos de esta joven viuda que para nosotros tiene el inmenso valor de haber sido la única compañera del poeta, y le estrechamos la mano con mucho de admiración y mucho de respeto. Pensamos que es muy difícil encontrar hoy en día mujeres capaces de acompañar en la vida á hombres de la talla de Herrera y Reissig. Por eso nuestro asombro y nuestra admiración ha sido sin límites. El gran poeta no se ha encontrado completamente solo. Una mujer superior ha apurado con él la honda copa de la amargura y lo ha hecho sonreír muchas veces, ya que todo lo hacia llorar...

Y en el ensimismamiento, mientras nuestros pasos suenan sordamente en la calle desierta, pensamos lo mismo:

Señora: tenemos que vengar al gran hombre. Vos habéis sido su compañera, nosotros somos sus her-

manos en ensueños y en dolor. Como él nos debamos inútilmente en esta pobre ciudad poblada por charrúas patrioteros y comerciantes al por menor. Se burlan de nosotros como se burlaban de él y nos aislaron y nos desprecian lo mismo que á él lo despreciaron. Pero á pesar de todo seguiremos



El poeta, pocos días antes de su muerte, acompañado de su esposa

luchando con todas nuestras fuerzas y ya nada impedirá que nuestras lenguas digan lo que sienten nuestros corazones y lo que piensan nuestros cerebros. El sacrificio del gran poeta nos confortará y dará ánimos. Y de hoy en adelante, el nombre de Julio Herrera y Reissig, será como la bandera de combate en la lucha sin cuartel que le hemos jurado al cretinismo imperante.

ALBERTO LASPLACES.

Marzo 29 de 1910.